

GARCÍA TORRALBO, M^a. Cruz, *Baeza Conventual. El espacio conventual en el contexto urbano de Baeza en los siglos XVI y XVII*, Jaén, Ayuntamiento de Baeza y Universidad de Jaén, 1998.

Francisco José Rodríguez Marín

Desde que hace ya casi cinco décadas, Luis Cervera Vera acuñara el acertado término de *ciudad conventual*, quedó definido el aspecto más relevante de muchas de nuestras ciudades del Quinientos y del Barroco. Baeza, que en el siglo XVI acogía una población de 4.487 habitantes, mantuvo a diecisiete conventos, de los que quince fueron fundados durante esta centuria. Lo que en apariencia se nos ofrece como una mera desproporción numérica constituye, en síntesis, la clave para comprender la realidad de nuestras ciudades-convento. Cada una de ellas merecería un estudio profundo y detallado de esta parcela importante de su patrimonio cultural y urbano, y eso es lo que nos ofrece M^a. Cruz Torralbo, que tras sus importantes aportaciones sobre la Baeza musulmana y sus fiestas, nos desvela ahora a una Baeza diferente de la que sus restos arquitectónicos y su noble pasado parecían dibujar.

Como reconoce la autora, su cercanía física y artística con la capital, Jaén, y sobre todo, con Úbeda, ha hecho perdurar una imagen ficticia de la ciudad en la que predominaba el esplendor de sus palacios y la gloria aportada por el maestro Vandelvira. No es que se pueda negar la veracidad de sus edificios pétreos, resueltos con evidente fortuna, sino que esta realidad resultaba incompleta a falta de una más profunda y meditada relectura que la situase en su justo lugar. Y ésta nos indica que tras los nobles muros de sus conventos se pasaba necesidad. Que la magnificencia con la que el marqués de Jabalquinto hizo erigir la capilla mayor del humilde convento de San Francisco, como emulación de la iglesia funeraria del Salvador en Úbeda, no alivió las insuficiencias materiales de los religiosos. Y es que frente a la nobleza ubetense que fundaba conventos, la hidalguía baezana se centraba en sus capillas, y junto a la Baeza nobiliaria y universitaria, trasluce la de una población eminentemente agraria cuya riqueza se hallaba a merced de los avatares de los tiempos y el clima.

Matizar esa imagen de Baeza basada exclusivamente en la apreciación de su monumentalidad ha exigido el manejo de un nutrido *corpus* documental, hasta ahora poco utilizado, y rastrear en un muy considerable número de archivos y bibliotecas locales y foráneas, pero el interés de la obra no reside en la mera aportación de información novedosa, sino en la hábil contrastación entre dos realidades: la patrimonial y la documental. La primera ya estaba hecha, pero el estudio y análisis sistemático de la documentación faltaba por acometer.

Pese a la formación de M^a. Cruz Torralbo en la disciplina de la Historia del Arte, no es este un libro que pueda catalogarse exclusivamente como de arquitectura y urbanismo, pese a ser ésta última la materia predominante entre sus contenidos,

Comentarios Bibliográficos

sino que sigue una metodología interdisciplinar que no deja de lado aspectos como el de las mentalidades para explicar el fenómeno de la ciudad conventual. No obstante, destaca ante todo el amplio conocimiento histórico de su autora, de modo que todos los hechos acaecidos en esta localidad hallan acomodo en un contexto mucho más amplio que nos permite su mejor comprensión y relacionar el caso particular de Baeza con lo que sucedía en el resto del país.

El considerable número de documentos cotejados aportan a la autora un conocimiento sobre la materia que la autorizan a elaborar deducciones históricas y consistentes hipótesis acerca de los lugares de las fundaciones, basadas en la interpretación de la topografía y el sistema defensivo de la ciudad, que tanto determinó su urbanismo y el establecimiento de los conventos.

El objeto último del libro, profundizar en el conocimiento de los conventos y obtener la precisión cronológica de las fundaciones y su evolución temporal, no se desarrolla de forma lineal para cada una de las instituciones, sino que la estructura del libro, en torno a tres amplios capítulos, se nos muestra mucho más adecuada para proporcionar un panorama más amplio de la ciudad y la época. El tiempo, el espacio y las formas, constituyen los tres ejes en torno a los que se reconstruye toda la historia de los conventos baezanos.

El capítulo primero aborda el tema desde una perspectiva temporal, situando a los conventos en este parámetro, y para ello dedica apartados a las distintas etapas que configuraron la Baeza conventual: los tiempos de implantación (que se remontan en algunos casos a la época medieval), los de consolidación, el de las reformas de las órdenes, y finalmente, la exclaustación que vino a trastocar de una forma brutal el urbanismo y la apariencia de esta ciudad. Resulta sorprendente que de edificios que fueron construidos casi enteramente en piedra no quede absolutamente nada. De ahí que resulten necesarios los restantes capítulos del libro para completar nuestra apreciación de este apasionante tema. El capítulo segundo, dedicado a los espacios, aparece dividido por órdenes religiosas y sectores de la ciudad, y analiza a los conventos en sus distintas ubicaciones, muchas de ellas desconocidas y erradas hasta que este estudio vino a clarificar el asunto. El último de los capítulos, dedicado a las formas, es el más ortodoxamente arquitectónico, pues haciendo distinción entre los conventos medievales o modernos, aborda el tema de los edificios y sus estructuras. En el caso de los conventos desaparecidos, el cotejo de las descripciones vertidas en la documentación y los libros de becerro permite reconstruir sobre el papel inmuebles y conjuntos que llegaron a desempeñar un considerable protagonismo en la ciudad de Baeza.

Sólo en apariencia podría parecer ocioso estudiar exhaustivamente una situación casi totalmente desvanecida, pues la realidad es que el conocimiento de la ciudad actual no puede desprenderse de los estadios que le precedieron. La ruptura con la imagen de una Baeza esplendorosa casi sin excepción, propuesta por la autora, no es fruto de su desapego hacia el muy notable patrimonio arquitectónico de una ciudad que fructificó a la vez que su Renacimiento, sino más bien de la conjunción de su amor a la tierra que la acogió y a la verdad histórica.